PONENCIA presentada en el Primer Congreso Internacional de Cábala Aplicada

Barcelona, 2 de abril de 2017

por EDUARDO MADIROLAS ISASA
www.lacabaladelaluz.com
e-madirolas@hotmail.com

"TEORÍA Y PRÁCTICA DEL CUERPO DE LUZ EN LA CABALÁ"

En prácticamente todos los caminos espirituales existen modelos que cartografían distintos niveles fundamentales de la experiencia humana, además del puramente físico. Puesto que estos niveles se apoyan en distintas estructuras de energía/conciencia, que además, son autocontenidas y separables – y tenemos la experiencia de ello más inmediata en la propia muerte física, tras la que hablamos de un alma inmortal – reciben por analogía el nombre de "cuerpos". Hablamos así de cuerpo etérico, cuerpo vital o energético, cuerpo o cuerpos espirituales en diferentes grados crecientes de luminosidad y sutilidad.

Por supuesto, cada tradición de conocimiento tiene su propia nomenclatura y procedimiento de actualización y/o desarrollo, de lo cual no es el momento de tratar. Aquí estamos interesados en el punto de vista cabalístico, tal como aparece implicado en distintos lugares del Tanaj, o escritos bíblicos, y en otros lugares de la tradición.

Así, leemos en II Reyes (2: 11-12) que el profeta Elías asciende a los cielos en un carro de fuego. También en el capítulo V del Génesis se habla de Janoj (Enok), que caminó con HaElohim y no fue (desapareció) porque Elohim lo llevó. Son los dos casos explícitamente citados por el Tanaj de personas que no han pasado por la muerte física o, dicho de otro modo, que han alcanzado la inmortalidad.

Podemos asumir que se trata de casos únicos, de individuos extraordinarios que han recibido una gracia especial por su grado de santidad y de entrega a la Voluntad Divina. La tesis de este escrito es que, por muy alejado que se encuentre en estos momentos el común de los seres humanos, se trata de estados alcanzables en última instancia por todos, ya que corresponden a estados arquetípicos y, por tanto, universales, de la esencia "ser humano".

Si miramos un poco más de cerca el episodio de la ascensión de Elías, leemos:

"[11]Aconteció que mientras ellos iban caminando y hablando, un carro de fuego, con caballos de fuego, los apartó a los dos, y Elías subió al cielo en un torbellino [12]Al ver esto, Eliseo clamó: «¡**Padre mío, padre mío[1]! ¡Carro de Israel[2] y sus aurigas**![3]».

Y nunca más lo vio."

Avi Avi Rejeb Israel uFarashav, dice Eliseo, lo cual es una expresión extraña, a no ser que se interprete en el sentido de reconocimiento de un hecho conocido: La práctica del Carro de Israel, cuyos adeptos son referidos como jinetes o aurigas. Igualmente, posteriormente en tiempos talmúdicos se hablará de los Yordé Merkaváh, los que descienden a la carroza en aras de alcanzar la visión Divina.

Que se trata de una frase hecha lo prueba que es literalmente repetida por el rey Joás durante la enfermedad de Eliseo. Y que está relacionada con la trascendencia de la muerte lo prueba el que si bien Eliseo fallece, un muerto que por circunstancias de la batalla es arrojado a su tumba resucita.

---

[1] La expresión Abi suma 13. Repetida suma 26, el número del Tetragrama.
[2] Réjeb Israel, de la misma raíz que Merkabá.
[3] La misma expresión aparece en 2 R: 13.14, en la muerte del profeta Eliseo.

¿Qué significa Israel en este contexto? Cuando después analicemos esta fenomenología a la luz del árbol de la Vida en los mundos – lo que llamamos Árbol extendido – veremos que Israel es un estado de conciencia, particularmente referido al Tiféret del mundo de Briá, que es, por otra parte, la sefirá que culmina el proceso de desarrollo que llamamos la merkavá.

La repetición Avi Avi, referida al propio Elías, implica la coexistencia de la identidad en dos mundos: el plano del self o sí mismo psicológico – el Tiféret de Yetsirá – y el plano del ser arquetípico o Tiféret de Briá. Este doble llamado es algo que ocurre con frecuencia en la Biblia, como: Abraham, Abraham; Moisés, Moisés, etc.

Pero todo ello, además de una metáfora de redención y liberación, nos da claves precisas de la metodología implicada:

Es sabido que el nombre Israel se interpreta como YeSh (IS = Hay) ReLA (valor numérico 231), es decir, "hay 231", aludiendo a las 231 puertas del Séfer Yetsirá (combinaciones de las 22 letras del alfabeto hebreo tomadas de dos en dos). Quiere decir que el trabajo meditativo con las 231 puertas es el método para desarrollar la carroza de la ascensión. Además, la referencia al valor numérico del Nombre de Dios (ABY ABY = 26) indica que todo ello ha de hacerse en relación con las letras del Nombre, como el Séfer Yetsirá especifica; y segunda, que el proceso implica la asunción de la forma del Yotser (o Yashar, Nombre de Dios en forma vertical como prototipo humano), tal como el Séfer Yetsirá también propone.

Esta es ciertamente una de las vías, relacionada con lo que se conoce como creación del Golem, que para el cabalista es otro nombre del cuerpo de luz o de la merkavá, el vehículo espiritual.

Respecto de que el Nombre de Dios es la clave tenemos la enseñanza del Zohar que afirma que Elías alcanzó la inmortalidad mediante el Nombre de Dios de 12 letras. Este no es otro que el compuesto por tres Tetragrámaton, tal como se dice:

Adonay Maláj, Adonay Mélej, Adonay Yimloj Leolam Vaed.

El versículo indica trascendencia de la dimensión temporal. Como en otra frase paradigmática: Hayá Hové veYihyé, el que Era, Es y Será, es decir, el que define la dimensión del tiempo. Estamos hablando de inmortalidad entendida no como pervivencia en la dimensión del tiempo, sino como trascendencia de la misma en un plano de atemporalidad. Lo cual no significa separación absoluta en el sentido de que esta dimensión arquetípica no pueda manifestarse en el plano de los fenómenos.

¿Cómo se usa el Nombre de Dios, además de lo que podríamos llamar establecer una relación devocional, condición necesaria como comentaremos después?

La clave nos la da un versículo del libro de Job (19: 25-27) que reza:

25 Pero yo sé que mi Redentor vive, y que al fin se levantará sobre el polvo,
26 y que después de deshecha esta mi piel, **desde mi carne veré a Dios**.
27 Lo veré por mí mismo; mis ojos lo verán, no los de otro. Desfallecen mis riñones en mi seno.

Por piel entendemos toda la corporeidad, la envoltura. La carne representa la sustancia, la esencia.

Se dice que en el Edén la pareja Adam/Javá tenía vestiduras (es decir piel) de luz. Lo cual se corresponde con un nivel de conciencia cósmico, ya que se dice que su conciencia abarcaba de uno al otro extremo del universo. Como resultado de la Caída pierden su envoltura de luz y adquieren una envoltura de piel. Ambas palabras en hebreo, luz y piel, se pronuncian como Or, variando sólo la primera letra, que pasa de ser Alef – el llamado espíritu suave – a Ayin – el espíritu áspero –. La raíz Or, con Ayin, tiene también el sentido de cegar, es decir, apantallar la luz. Pero la pantalla de carne no es discontinua con la luz, sino que es luz en un estado de densificación;

cristalización, si se quiere. El trabajo será, por consiguiente, retornar al estado de luz reconvirtiendo la envoltura a su condición original.

Lo cual fundamenta los ejercicios del cuerpo de luz, en particular el de asumir el Nombre de Dios sobre las distintas partes y órganos del cuerpo. La hipótesis básica, tal como el Séfer Yetsirá afirma, es la existencia de una correspondencia literal entre la estructura del cuerpo del ser humano y la configuración de fuerzas divinas que sustentan la Creación. Las cuales, por supuesto, encuentran su representación en el Árbol de la Vida cabalístico, que será nuestro mapa fundamental. Como el Génesis establece, comer del Árbol de la Vida es vivir para siempre

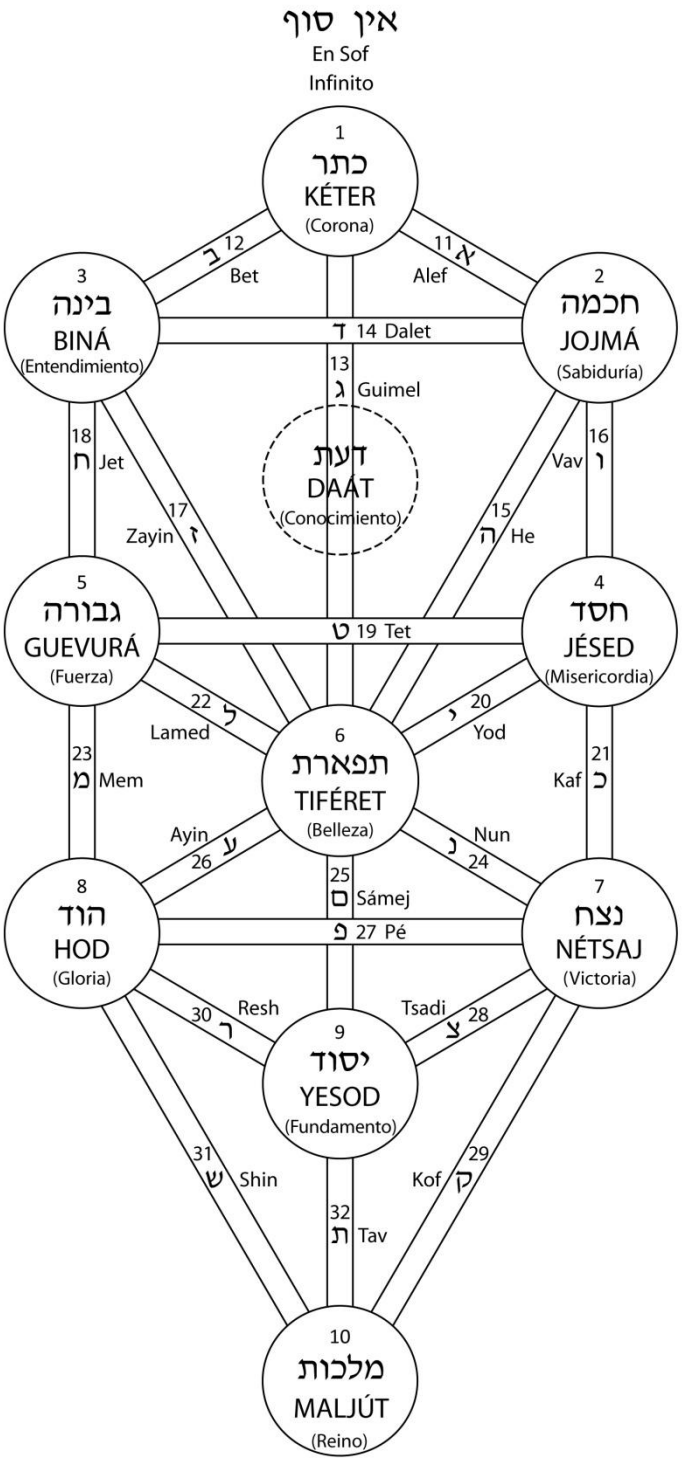
Encontramos una corroboración en el texto de Devarim de la bendición de los cohanim. Allí aparece de nuevo la fórmula del triple Nombre de Dios, el Nombre de 12 letras, aludida antes: "Yevaréjeja Adonay… Yaer Adonay… Yisá Adonay…" Y añade: Y **pondrán mi Nombre** sobre los hijos de Israel y yo los bendeciré".

¿Qué significa poner el Nombre? Más allá de un significado metafórico, interpretamos que quiere decir utilizar el Nombre de Dios sobre la estructura corpórea, lo cual es de eficacia directa: "Y yo los bendeciré".

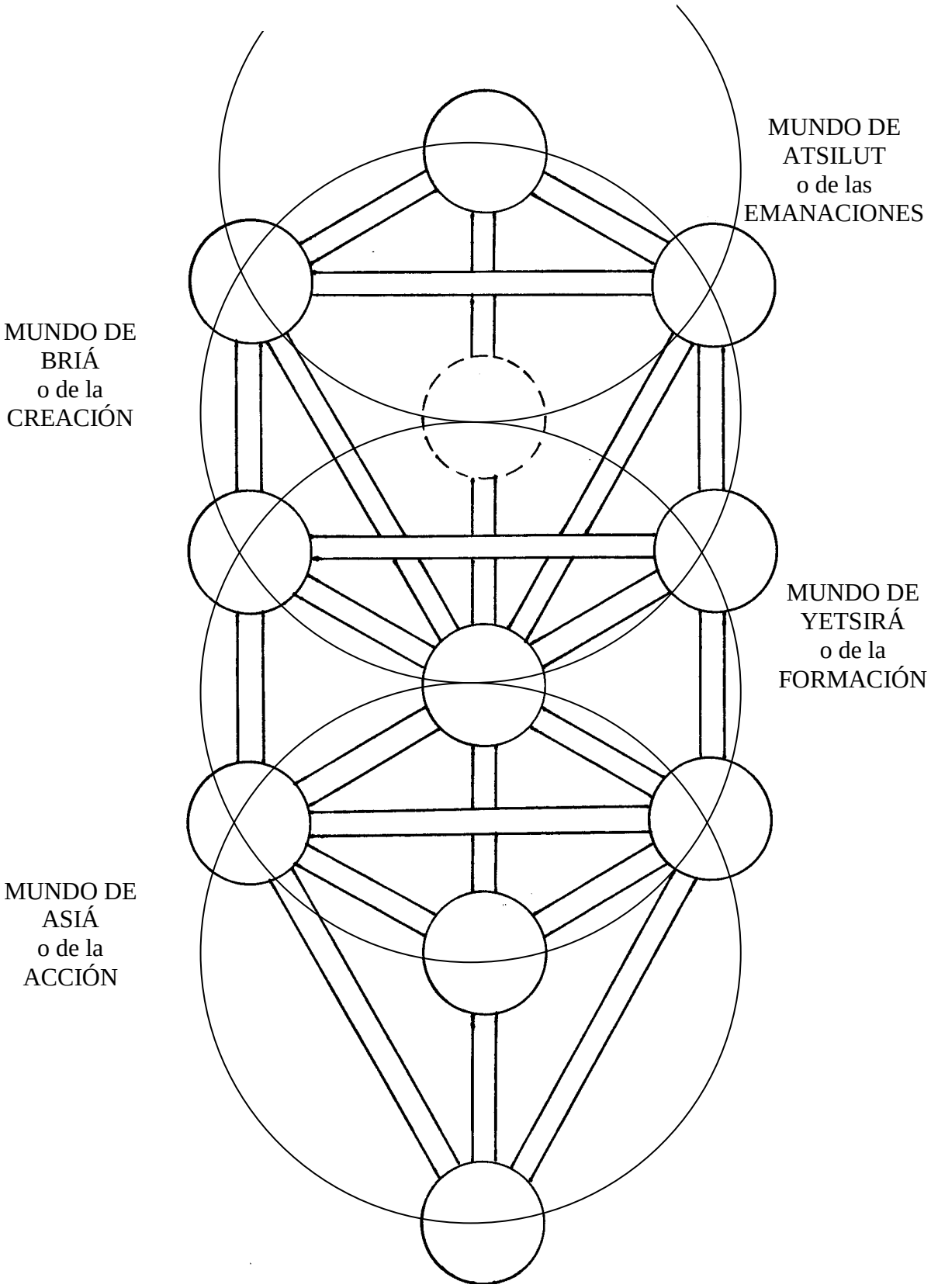
El Nombre de la bendición sacerdotal se conoce como el Nombre de las tres columnas, porque se superpone sobre los tres pilares del Árbol de la Vida dibujados sobre la forma del cuerpo. Técnicamente esta es la forma más simple de práctica, pero antes de adentrarnos en las complejidades de detalle es conveniente tener una mejor perspectiva del conjunto a la luz del mapa más importante de la cabalá moderna, como es el Árbol de la Vida. Es decir, profundizar en la teoría.

Vamos a usar tres representaciones del Árbol, del cual, dicho sea de paso, utilizamos el diseño inspirado en la versión del Ramak, Rabí Moshé Cordovero:

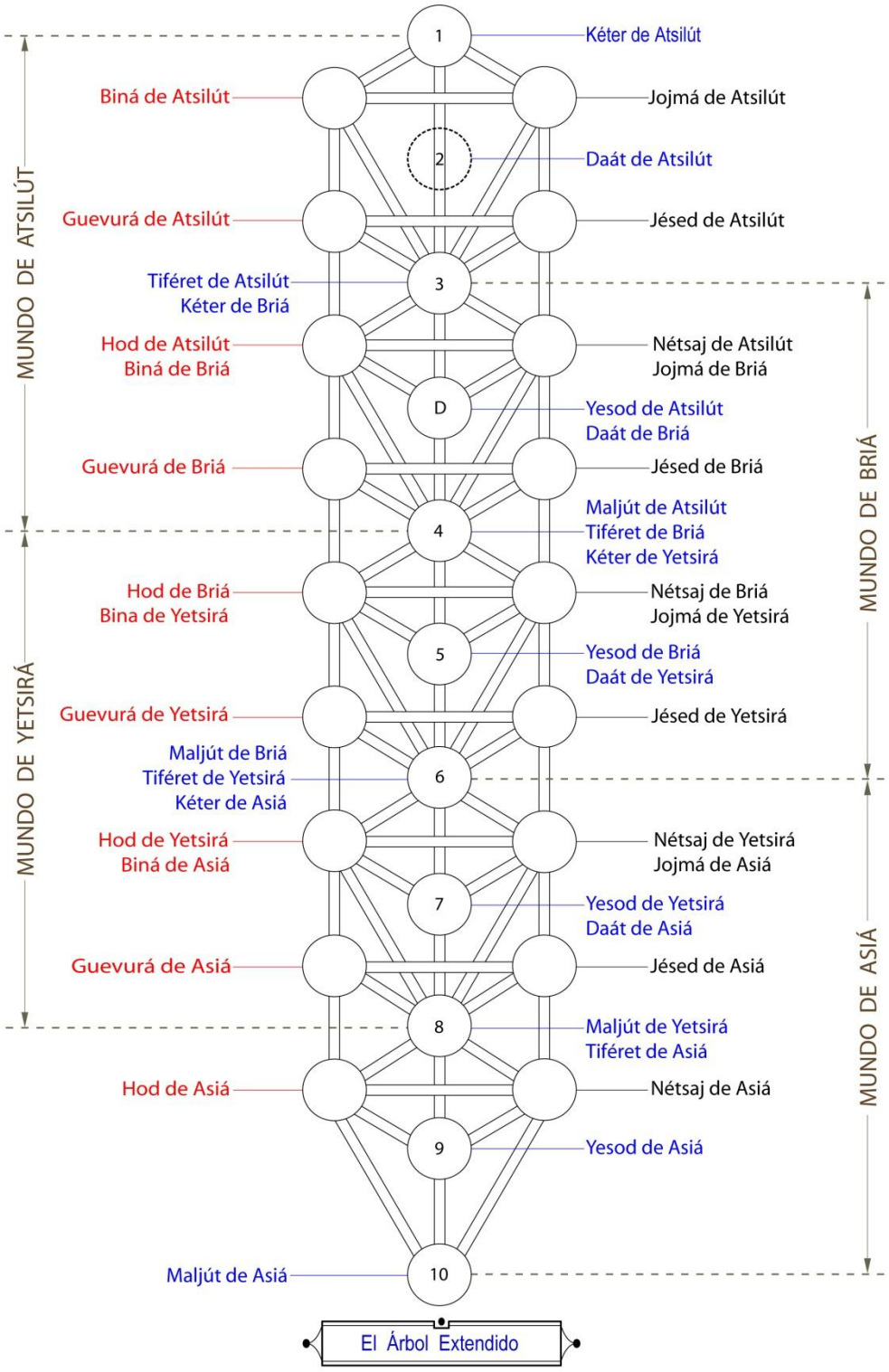
La configuración general del Árbol se supone conocida. Estamos ahora interesados en su relación con los mundos cabalísticos. Generamos así dos esquemas que llamamos, respectivamente, Mundos en el Árbol y Árbol en los Mundos. Al primero le damos el nombre de Árbol simple y al segundo de árbol extendido. A continuación se muestran:



EL ÁRBOL DE LA VIDA CABALÍSTICO



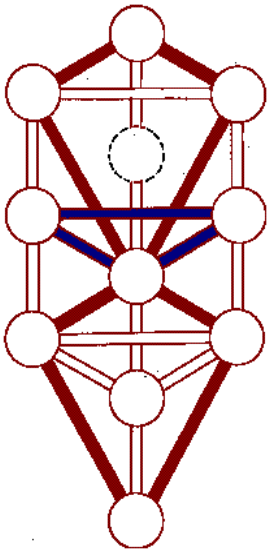
LOS MUNDOS EN EL ÁRBOL
(Árbol simple)


1
Kéter de Atsilút
Biná de Atsilút
Jojmá de Atsilút
2
Daát de Atsilút
Guevurá de Atsilút
Jésed de Atsilút
Tiféret de Atsilút
Kéter de Briá
3
Hod de Atsilút
Biná de Briá
Nétsaj de Atsilút
Jojmá de Briá
D
Yesod de Atsilút
Daát de Briá
Guevurá de Briá
Jésed de Briá
Maljút de Atsilút
Tiféret de Briá
Kéter de Yetsirá
4
Hod de Briá
Bina de Yetsirá
Nétsaj de Briá
Jojmá de Yetsirá
5
Yesod de Briá
Daát de Yetsirá
Guevurá de Yetsirá
Jésed de Yetsirá
Maljút de Briá
Tiféret de Yetsirá
Kéter de Asiá
6
Hod de Yetsirá
Biná de Asiá
Nétsaj de Yetsirá
Jojmá de Asiá
7
Yesod de Yetsirá
Daát de Asiá
Guevurá de Asiá
Jésed de Asiá
8
Maljút de Yetsirá
Tiféret de Asiá
Hod de Asiá
Nétsaj de Asiá
9
Yesod de Asiá
Maljút de Asiá
10
El Árbol Extendido
MUNDO DE ATSILÚT
MUNDO DE YETSIRÁ
MUNDO DE BRIÁ
MUNDO DE ASIÁ

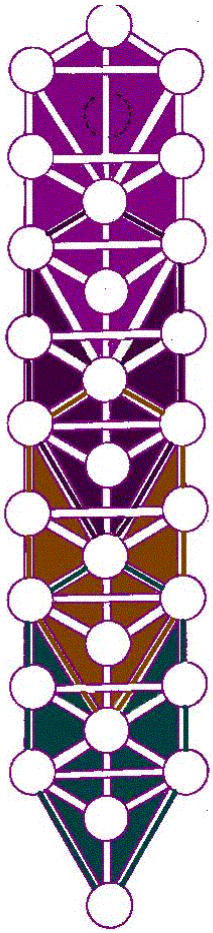
En el Árbol simple contemplamos cada mundo como un círculo centrado en una de las sefirot del pilar del medio.

Vemos por otro lado que la estructura del Árbol consiste en dos configuraciones tipo cuadrilátero, más el triángulo correspondiente a la tríada Jésed/Guevurá/Tiféret.

Los dos cuadriláteros reciben el Nombre de Rostros. Hay así un Rostro Superior y un Rostro inferior.

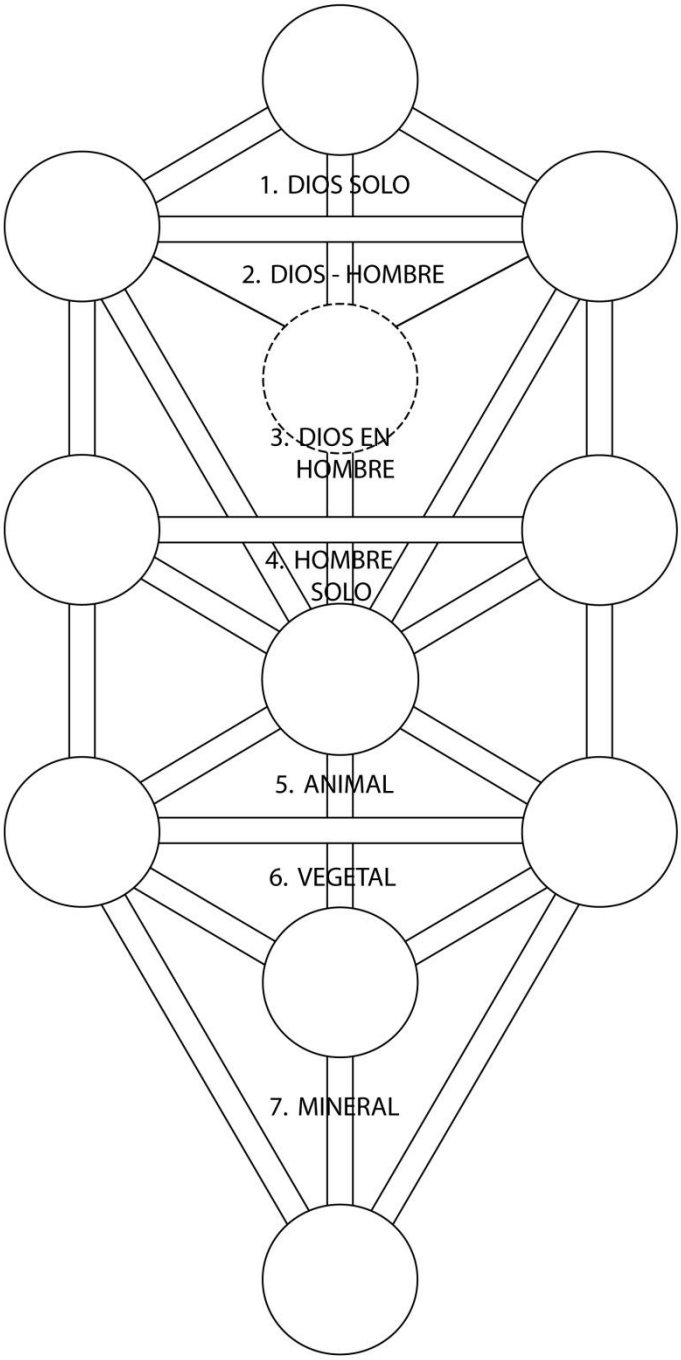


En cada mundo suponemos un Árbol de la Vida completo y lo que hacemos para desplegar el Árbol en los mundos es superponer el rostro inferior de un mundo con el superior del inmediatamente inferior. De este modo se obtiene un solape perfecto entre mundos – como se da, por ejemplo entre la mente yetsirática y el cuerpo asiático – en vez de considerarlos como planos disjuntos entre sí.



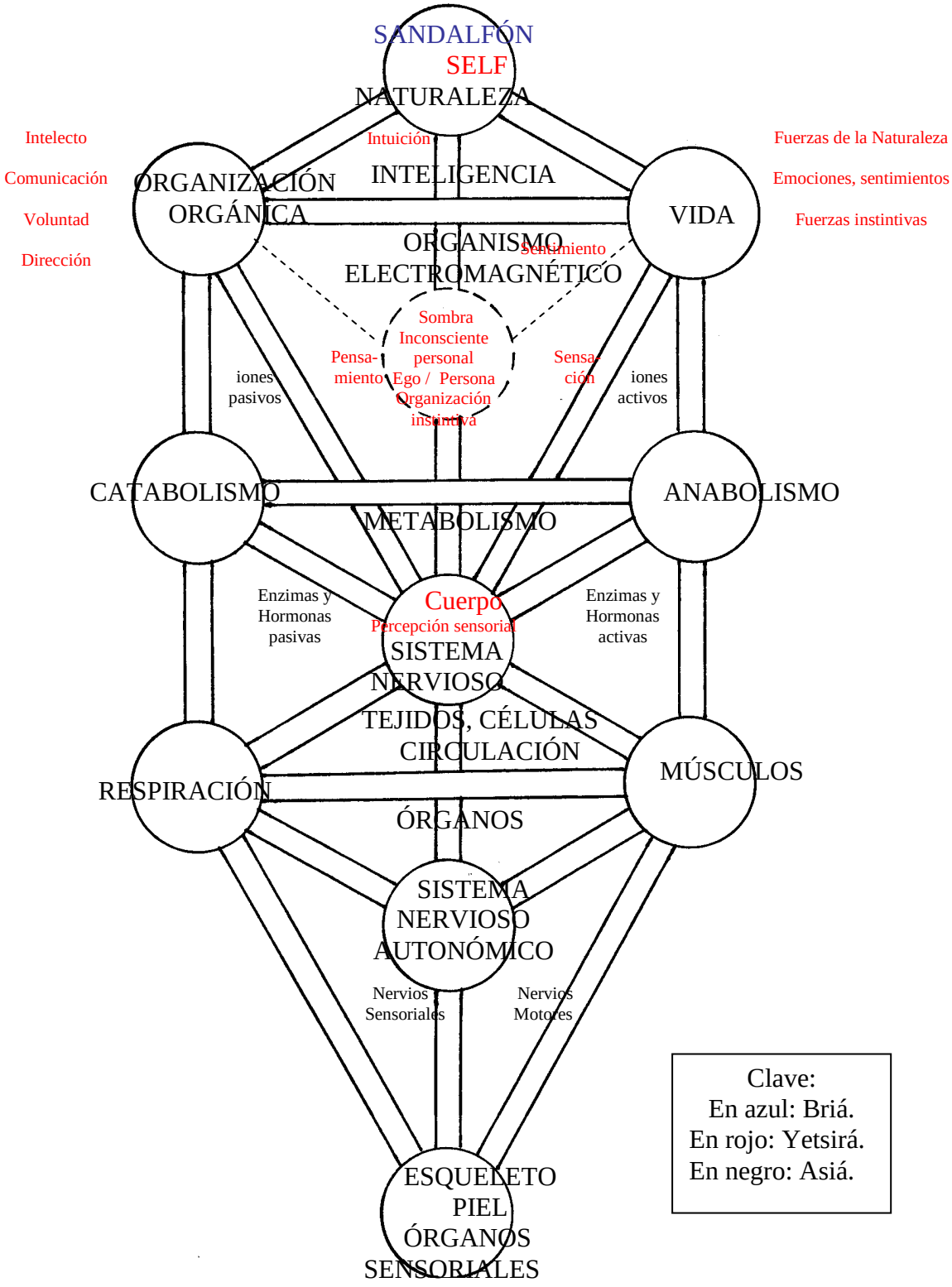
La relación que se da entre Rostros superpuestos es la de Luz y Vasija. Así, lo que entendemos por mente (rostro inferior de Yetsirá) es luz respecto de la vasija de las estructuras corpóreas cerebrales (rostro superior de Asiá). Veremos que se da una relación similar entre el rostro superior de Yetsirá (la merkavá o cuerpo de luz) y el rostro inferior.

Consideramos ahora el esquema de las tríadas o triángulos internos del Árbol, en número de siete, que nos da información sobre la jerarquía de estructuras y niveles de conciencia. Ver la siguiente imagen.



TRÍADAS O TRÍANGULOS INTERNOS

Lo vemos aplicado en el siguiente esquema, correspondiente a la estructura del cuerpo desde un punto de vista funcional:

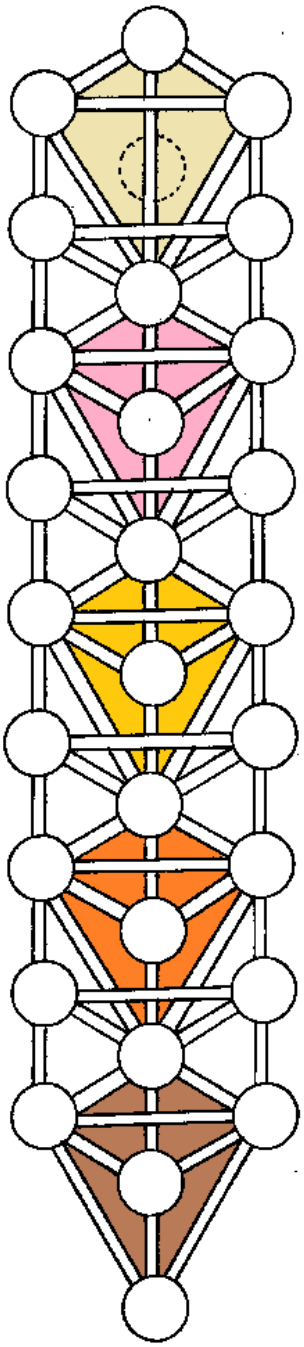


Clave:
En azul: Briá.
En rojo: Yetsirá.
En negro: Asiá.

ÁRBOL EN ASIÁ.
Correspondencias funcionales microcósmicas

Vemos en estos dibujos que lo que llamamos “cuerpo” corresponde a las tres tríadas inferiores, llamadas, mineral, vegetal y animal, que conforman entre las tres el cuadrilátero que antes hemos llamado un “rostro”. De hecho constituyen el rostro inferior de cualquier Árbol. Pero debido al solape entre rostros en los distintos mundos, este rostro inferior corresponde al superior del mundo inmediatamente inferior. Esto se da a todos los niveles.

Regresando al tema general de la ponencia, observamos que en el Árbol esta estructura o rostro de soporte se repite cinco veces:



Podemos hablar entonces de cinco niveles corpóreos, de cinco cuerpos:

1. El cuerpo físico. Corresponde al rostro inferior del mundo de Asiá.

2. El cuerpo psicoetérico, psicoide y psicológico. (En naranja en la figura). El anclaje de la personalidad. Rostro inferior de Yetsirá y superior de Asiá.

3. El cuerpo anímico/espiritual (alma. En amarillo en la imagen). Es el cuerpo de luz o merkavá cuando se halla plenamente desarrollado. Rostro inferior de Briá y superior de Yetsirá.

4. Cuerpo arquetípico/causal. Sin forma. Su naturaleza es puro Espíritu. (En rosa en la imagen). Rostro superior de Briá e inferior de Atsilut.

5. Cuerpo Divino (a falta de un Nombre mejor). El Rostro superior de Atsilut.

Cada uno de estos rostros/cuerpo se halla coronado por una sefirá del pilar central que proporciona una estructura de identidad y que se encuentra en el centro de un hexagrama o maguén David (lo que en otro lenguaje paralelo se llama el Zer Anpin del Árbol. Es el submundo Yetsirá de ese Árbol).

Así:

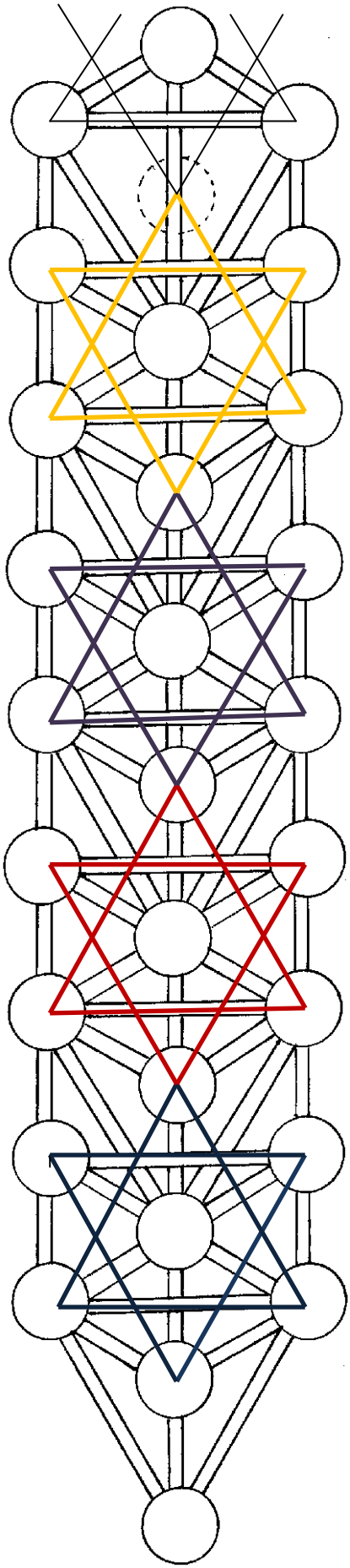
1. El yo corpóreo (hexagrama amarillo). Como nivel de conciencia es la identidad preegoica de la infancia temprana. El centro del mundo de Asiá.

2. El self o sí mismo (hexagrama rojo). Es el yo individualizado (postegoico). El centro del mundo de Yetsirá. Foco del rúaj, en el lenguaje cabalístico de las almas. La unidad de una encarnación. Es el objeto de toda la especulación psicológica.

3. La neshamá suprema (hexagrama púrpura). Es el centro del mundo de Briá. La visión del Trono. La fuente y corona de la psique yetsirática. Habitante de lo eterno. Átomo semilla de todas las reencarnaciones. Átomo metafórico del “Cuerpo de Dios” (Maljut de Atsilut; Shejiná). Inmortal. Capaz de evolución.

4. La Chispa Divina, Yo superior, Yo divino. (Hexagrama amarillo). Prefigurado en la imagen de Metatrón (ver después), arcángel de Kéter.

5. Yo Soy quien Yo Soy. Foco emanativo de la Luz Infinita.



Con este trasfondo teórico establecido, podemos precisar más claramente qué se entiende por merkavá (el número 3 de los especificados antes culminando en lo que llamamos neshamá suprema – también el número 3 de los hexagramas de conciencia).

Se trata de construir el vehículo – potencial en todo ser humano – a base de la propia energía espiritual para poder cruzar la puerta de Dáat – la puerta del abismo que separa lo Divino de lo humano – y así acceder a los Mundos Superiores. Es, pues, otro nombre para el cuerpo de luz (el cuerpo adámico antes de la caída).

El punto de partida es ciertamente Tiféret (ver imagen, centro del hexagrama de color rojo), que hemos dicho que corresponde al self, el principio de identidad individualizado, una vez que se ha trascendido la pura identidad egoica, con la disociación psicológica entre consciente y subconsciente.

Para desarrollar una mercavá es necesario primero alcanzar un alto grado de integración personal y, segundo, vivir una vida auténtica basada en la ética del corazón (sobre el sistema de mitsvot se hablará después). Esto nos sitúa en el Tiféret de Yetsirá. El Dáat que nos ocupa es el del mundo de Yetsirá, que corresponde al Yesod de Briá y es la puerta que nos introduce directamente en ese mundo del ser y de las cualidades puras.

Para poder acceder y traspasar esa puerta necesitamos desarrollar unas prácticas noéticas de meditación y transmutación interior para desarrollar el cuerpo de luz como vehículo de la conciencia. Pues no se trata de simplemente tener algunas experiencias, lo que se conoce como emergencias espirituales, sino consolidar un estado de conciencia de forma estable. Con la práctica persistente el cuerpo de luz cristaliza en una vasija que puede hacerse autónoma respecto de la psique, llegando a ser así nuestro vehículo de inmortalidad. Somos por derecho de nacimiento habitantes del mundo de Briá, y es nuestra tarea recuperar ese nivel que podemos decir es natural al ser humano, el estado edénico.

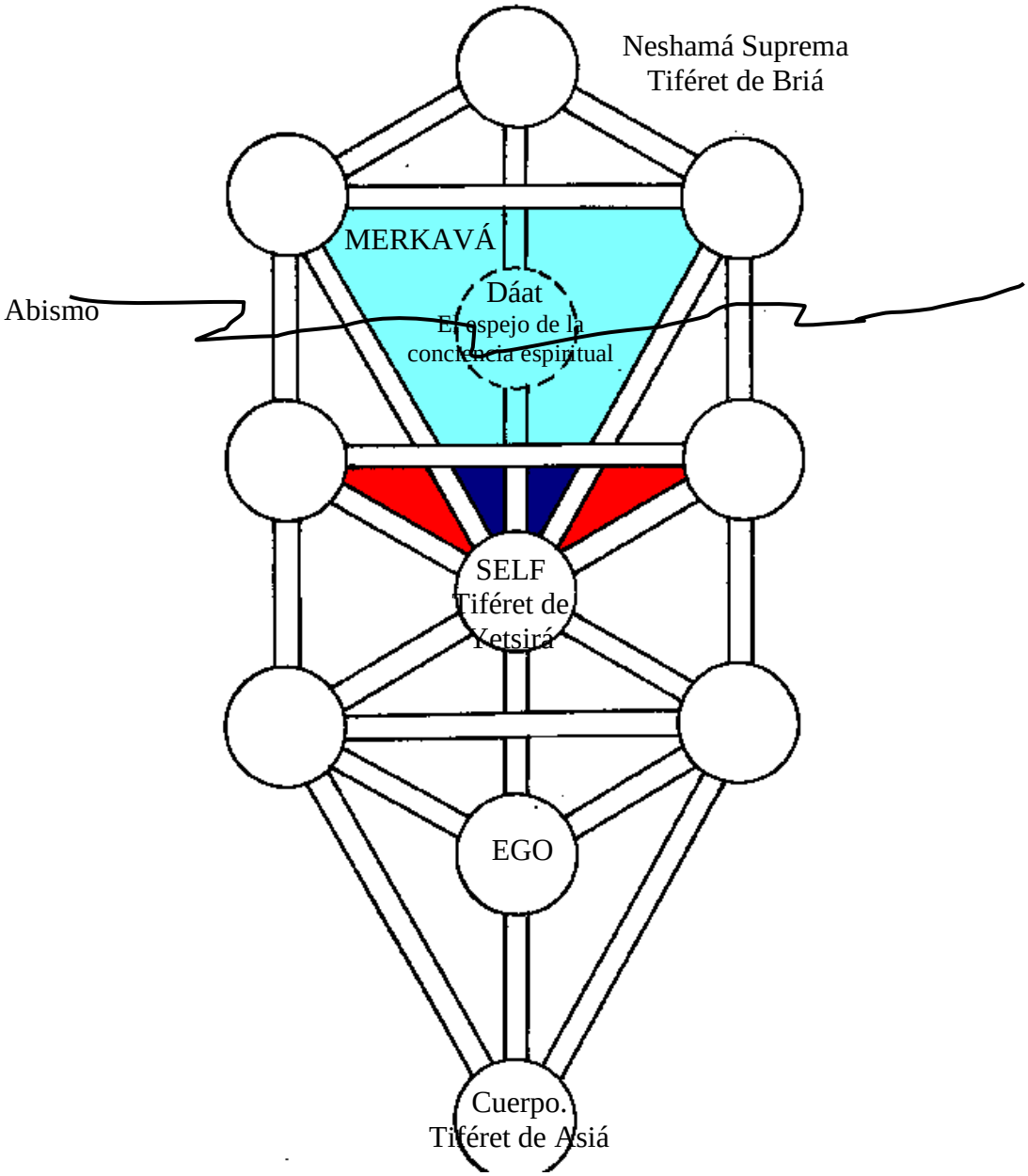
En el esquema del Árbol de la Vida, lo que hacemos es desarrollar la tríada Dios en Hombre en el mundo de Yetsirá, que contiene al Dáat en su interior. Hemos dicho en otros lugares que – contemplada desde abajo, desde el Tiféret – esta tríada corresponde a la acción del Espíritu Santo, el Rúaj HaKódesh, con su inspiración, su iluminación.

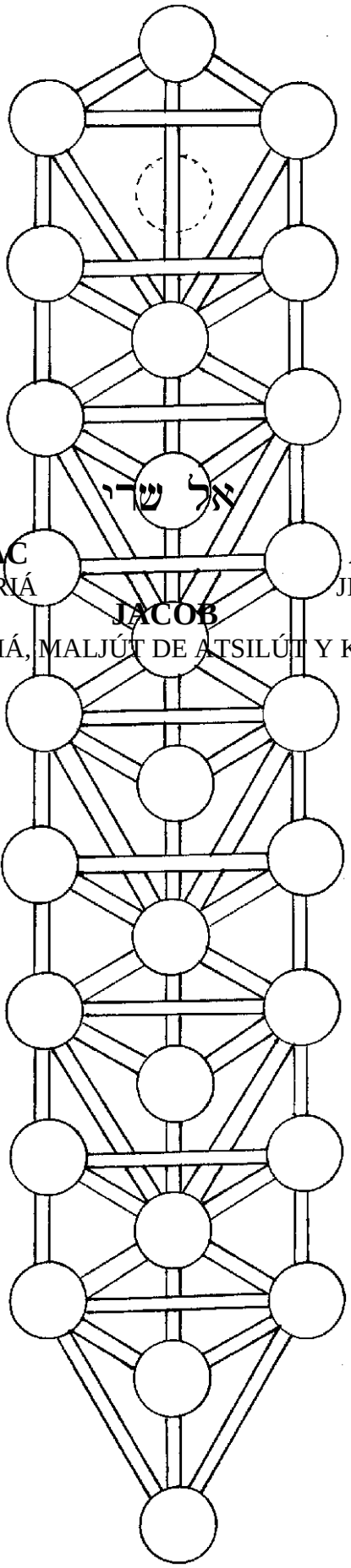
Pero, al mismo tiempo, se solapa con la tríada mineral del mundo de Briá, es decir, la tríada corpórea en ese mundo. Por eso hablamos de desarrollar la merkavá, el cuerpo de luz. Y del mismo modo que en el mundo de Asiá[4] la tríada vegetal, que se corresponde con los diversos órganos y sistemas del cuerpo físico, está contenida en la tríada mineral, cabe establecer un paralelismo – según el principio como es arriba es abajo – con el mundo de Briá, y hablar así, al nivel de la neshamá, de un cuerpo espiritual con la contraparte briática de los órganos físicos. este es el fundamento de la propuesta del Séfer Yetsirá sobre la correspondencia de las letras del alfabeto hebreo con los órganos y partes del cuerpo.

El objetivo del cabalista es así desarrollar su propia merkavá, el vehículo de sustancia espiritual – la carroza de fuego y luz – que le permitirá no sólo cruzar el abismo que separa la conciencia humana de la conciencia divina – haciéndole presente y activo en las dimensiones briáticas del ser – sino además manifestar esa divinidad en

[4] Hacemos la correspondencia Asiá – Briá, mundos que corresponden a las dos letras He del Tetragrámaton. Son las letras de conciencia objetiva, mientras que la Vav y la Yod corresponden a fases de la conciencia subjetiva.

la Tierra, tal como está escrito: Los Patriarcas son la Mercavá (ver imagen). Por añadidura, su cuerpo de luz le capacitará para atravesar el tenue velo que separa la vida de la muerte, proyectándole en las dimensiones de la inmortalidad.





ISAAC **ABRAHAM**

GUEVURÁ DE BRIÁ JÉSED DE BRIÁ

JACOB

TIFÉRET DE BRIÁ, MALJÚT DE ATSILÚT Y KÉTER DE YETSIRÁ

Los tres patriarcas en el Árbol Extendido

A pesar de que todo este desarrollo está presente en todo ser humano como manifestación que es del Árbol de la Vida, en el momento presente se trata más bien de una potencialidad, ciertamente no de un nivel de conciencia consolidado.

La mayor parte de la experiencia humana común se desenvuelve en los niveles inferiores – el néfesh y la conciencia egoica como punto inferior de focalización del rúaj. Y sin embargo estamos convencidos de que el desarrollo del cuerpo de luz es el sentido de la evolución. Porque es el retorno a nuestra situación original, adámica, en el Gan Eden. Original no significa sólo temporal en el sentido de principio sino también de arquetipo, y por tanto nuestra situación natural.

Encontramos el modelo humano de ciclo evolutivo prefigurado desde el principio en el patriarca Enok, el gran maestro, el séptimo patriarca en la línea de Adam, de quien el Génesis afirma que no murió sino que "no fue porque Dios lo tomó consigo".

Enok representa al ser humano que desciende a la tierra (es hijo de Yéred, que significa descenso: yarad), que se encarna y que después, tras completar su trabajo, asciende de nuevo y es transformado en un ser espiritual de estatus casi divino.

Tal como está escrito (Gen 5): [21]Vivió Enok sesenta y cinco años, y engendró a Matusalén (Metushelaj). [22]Después que engendró a Matusalén, caminó Enok con HaElohim trescientos años, y engendró hijos e hijas. [23]Así, todos los días de Enok fueron trescientos sesenta y cinco años. [24]Caminó, pues, Enok con HaElohim, y desapareció (Enenu, no fue), porque lo llevó Elohim.

Leemos que Enok vive 365 años, que es el número de días del año solar[5]. Se recalca así su carácter arquetípico, representando el ciclo completo de humanidad. Este número se divide en dos:

65 que es valor numérico de Adonai, Nombre de Dios en Maljút.

300 es el número de la letra Shin, a su vez la suma de la expresión Rúaj Elohim, el Espíritu de Dios, que representa a Dáat/Biná.

Vemos así que en su ciclo vital Enok une las sefirot Maljut (la Tierra inferior, HaOlam HaZé, este mundo) y Biná (la Tierra superior, HaOlam HaBá, el mundo futuro).

Lo hace porque camina con HaElohim, Nombre de valor numérico 91, a su vez la conjunción de los Nombres YHVH (26) y Adonay (65). Esta conjunción, יאהדונהי, es la unión de Tiféret y Maljut, El Santo Bendito Sea y la Shejiná, el Cielo y la Tierra, etc. y a unión del cielo con la tierra, conciencia subjetiva y conciencia objetiva, self y mundo, etc. Esto queda reflejado en una tradición que afirma que Enok era de profesión zapatero[6], y que en cada puntada para unir suela a horma, unía también el Cielo con la Tierra. Al final, Elohim, Nombre de Dios en Biná, lo llevó. Es la culminación del proceso.

Enok-Metatrón representa así el camino espiritual del ser humano, del alma que desciende a la Tierra desde su morada celestial y, tras desarrollar las potencialidades inherentes a su naturaleza divina, asciende de nuevo para asumir su propia forma

[5] Observamos que en la expresión Enénu, אֵינֶנּוּ, una permutación de las cuatro últimas letras nos da la palabra Yinón, que es un nombre mesiánico. Así está escrito en el Salmo 72:17: "Sea su nombre por siempre, delante del sol Yinón es su nombre, y se bendigan en él todas las naciones, llámenlo dichoso". Se recalca así el proceso arquetípico de transformación enokiano.

[6] Como dice el texto, caminó con HaElohim, es decir, Et HaElohim. Et, Alef Tav, primera y última letra del alfabeto hebreo, representa a todo él y puede ser indicativo de que la técnica usada por Enoc es la manipulación de letras.

arquetípica como Hijo de Dios (tal como está explícitamente reseñado en el texto apocalíptico del Libro de I Enok):

"Allí vi a alguien que tenía una "cabeza de días" y su cabeza era como de lana blanca; y con él otro cuya figura tenía la apariencia de un hombre, y su figura era llena de gracia, como uno de los ángeles santos.

Interrogué al ángel que iba conmigo, y que me hacía conocer todos los secretos respecto a este Hijo del hombre: ¿Quién es él, de dónde viene, por qué va con él la cabeza de los días?

El me respondió y me dijo: "Este es el Hijo del hombre que posee la justicia y con el que habita la justicia, que revelará todos los tesoros de los secretos, porque el Señor de los Espíritus lo ha escogido, y su sino ha vencido por el derecho ante el Señor de los espíritus por la eternidad" (I Enok 46)

Más adelante (Cap. 70 y 71):

"(Después de la ascensión): Caí sobre mi rostro y todo mi cuerpo se fundió y mi alma fue cambiada, y grité en alta voz con un soplo poderoso y bendije y alabé y exalté (al Señor)"

"Y esta Cabeza de los días vino con Miguel y Gabriel, y Rafael y Fanuel, y miles y miríadas de ángeles innumerables.

Y ella vino a mí y me saludó con la voz y me dijo: **Tú** eres el hijo del hombre que ha sido engendrado por la justicia, y la justicia permanece sobre ti, y la justicia de la Cabeza de los días no te abandonará..."

Es difícil establecer con precisión la fecha en la que I Enok fue escrito, probablemente en los primeros siglos anteriores a nuestra era. Quizá sea más antiguo y date de la misma época que Ezequiel y Daniel. El libro de éste último sí que es canónico y en él encontramos la misma escenografía espiritual (Dan 7):

9 »Estuve mirando
hasta que fueron puestos unos tronos
y se sentó un Anciano de días.
Su vestido era blanco como la nieve;
el pelo de su cabeza, como lana limpia;
su trono, llama de fuego,
y fuego ardiente las ruedas del mismo.
10 Un río de fuego procedía y salía de delante de él;
miles de miles lo servían,
y millones de millones estaban delante de él.
El Juez se sentó
y los libros fueron abiertos.

13 »Miraba yo en la visión de la noche,
y vi que con las nubes del cielo
venía uno como un hijo de hombre;
vino hasta el Anciano de días,
y lo hicieron acercarse delante de él.

14 Y le fue dado dominio, gloria y reino,
para que todos los pueblos,
naciones y lenguas lo sirvieran;
su dominio es dominio eterno,
que nunca pasará;
y su reino es uno que nunca será destruido.

…

26 Pero se sentará el Juez, y le quitarán su dominio,
para que sea destruido y arruinado hasta el fin,
27 y que el reino, el dominio y la majestad de los reinos
debajo de todo el cielo sean dados al pueblo de los santos del Altísimo.

Algunas precisiones al respecto:

Nuestro punto de vista es el carácter arquetípico – universal por tanto – de todo el proceso. Si bien el hijo del hombre, a quien se le otorga dominio y reino, aparece como una figura individual, se trata de hecho de un ente colectivo, ya que el mismo dominio y reino se da después al pueblo de los santos del Altísimo. (En el mismo sentido aparecen los tronos en Apocalipsis 20:4).

Estamos interpretando todo en términos de estatus espiritual y estados de conciencia. En el Árbol de la Vida extendido en los mundos estamos considerando el nivel del Maljut de Atsilut, que se superpone con el Tiféret de Briá y con el Kéter de Yetsirá. Este último nos sitúa al nivel angélico de las Jaiot HaKódesh de la visión de Ezequiel, por encima de las cuales está el firmamento resplandeciente cristalino (Yesod de Atsilut) sobre el que se halla la figura del Adam (Tiféret de Atsilut/Kéter de Briá. Es el nivel del Zeir Anpin en Atsilut y del arcángel Metatrón en Briá).

En términos humanos, al nivel del Tiféret de Yetsirá – el self – le llamamos hijo del hombre. Al nivel del Kéter de Yetsirá/Tiféret de Briá le llamamos hijo de Dios. Y al nivel del Kéter de Briá/Tiféret de Atsilut, le llamamos Metatrón.

Que se produce una ascensión entre los niveles lo tenemos en que el hijo del hombre es conducido a la presencia del Anciano y se le da una corona. Es de suponer que se sienta junto al Anciano. De hecho, en el Talmud (Jaguigá), Elishá ben Avuyá (que en el episodio de los cuatro sabios que entran en el Pardes es el corta las plantas y es referido a partir de entonces como Ajer) ve a Metatrón sentado en un trono y, aparentemente incapaz de superar una mentalidad dualista, se pregunta si quizá hay dos autoridades en el cielo.

(Hay una discusión en el Talmud (Jaguigá 14 a) sobre los tronos referidos en el libro de Daniel, en uno de los cuales se sienta el Anciano de los Días. Según R. Aquivá el segundo es para el Rey David (Maljut de Briá, como figura mesiánica, es decir, el nivel que hemos llamado hijo del hombre), por lo cual es reprendido por R. Yosef Hagalilí, quien afirma que los tronos son uno para la gracia y el otro para el juicio. Interviene Elazar ben Azariá puntualizando que uno es el trono en sí y el otro escabel para sus pies (Maljut de nuevo). Es evidente que para la ortodoxia la afirmación de dos tronos al nivel del Kéter de Briá es muy arriesgada. No olvidemos, sin embargo, que R. Aquivá es quien realmente alcanza la contemplación divina en el aludido episodio talmúdico de los cuatro rabinos que entran en el Pardés.)

Que Metatrón es el prototipo del iniciado que sigue un camino espiritual viene aludido en el versículo de Proverbios (22:6): "Instruye al muchacho respecto a su camino, ni aun cuando hubiere envejecido se apartará de él". La palabra "instruye" es Janoj (nombre de Enok en hebreo). Tiene un valor numérico de 84. "Su camino" se dice Darkó, que suma 230. El valor total es 84 + 230 = 314, el número de Metatrón (y de Shadai). Es de notar que en III Enok, Metatrón es llamado el joven o el muchacho, ya que, aunque ha alcanzado el estatus de ángel principal, su estado es relativamente reciente en comparación con el resto de las jerarquías angélicas.

La ascensión de Enok primero y su transformación en Metatrón después prefigura en primer lugar la asunción del cuerpo de luz por el iniciado (cuerpo tres de nuestra exposición anterior) y su transformación en el cuerpo arquetípico/causal de puro Espíritu (cuerpo cuatro). Esta última está descrita en el Séfer Hejalot con las siguientes palabras:

"El sabio y virtuoso Enok subió también al cielo, donde se convirtió en el principal consejero de Dios, y desde entonces se le llamó Metatrón. Dios puso su corona sobre la cabeza de Enok y le dio 72 alas así como numerosos ojos. Su carne se transformó en una llama, sus nervios en fuego, sus huesos en ascuas, sus ojos en antorchas y su cabello en rayos de luz, y le rodearon la tormenta, el torbellino, el trueno y el rayo". (Séfer Hejalot 170 – 176)

El nivel de Metatrón es el de perfecta Devekut con la manifestación Divina llamada Zer Anpin, el Pequeño Rostro en el Tiféret de Atsilut que es el Kéter de Briá. Su vestidura de manifestación o cuerpo es de puro Espíritu, sin forma, uno con el Rúaj Elohim, el Espíritu de Dios. Se manifiesta como el Ángel de YHVH, la Ispaklaria o lente de focalización de la Presencia Divina.

Como Corona del mundo de Briá, el Tiféret de Atsilut es el punto de donde brota la Creación, el Corazón de Dios. Y como dice el gran cabalista Rabbí Isaac de Acco: "Si has merecido y te has adherido al Intelecto Divino, feliz tú, porque has vuelto a tu fuente y raíz, que es llamada literalmente el Intelecto Divino. Y esa persona es llamada Ish Elohí, hombre divino, creador de mundos."

Debemos detenernos aquí, pues como dice Dios a Moisés: "No puedes ver mi Rostro y vivir". El siguiente nivel es indescriptible ni siquiera en términos metafóricos. Es la propia vestidura de manifestación de la Deidad, la conexión Gran Rostro-Pequeño Rostro descrita en el Zohar. Pasa por el Dáat de Atsilut, el punto que podemos definir como la propia Nada Divina o Ain, para integrarse en el Yo Soy quien Yo Soy, el Ser y la Nada unidas en el abrazo de lo infinito.

Pero sí puedes "ver mi espalda" (el rostro inferior de Atsilut), es decir el modo en que rijo el mundo desde las trece medidas de la misericordia, expresión del Corazón de Dios en el Tiféret de Atsilut, Kéter de Briá.

Recapitulando: El cuerpo de luz es la vestidura de nuestra neshamá, el alma espiritual. El lugar natural de la neshamá es el mundo de Briá, cuyas sefirot son descritas en la literatura mística como los Hejalot, los palacios de la Shejiná o Presencia Divina. También podemos considerarlos como los Rayos de manifestación del enjambre de Chispas Divinas que constituyen la Humanidad global. De esta forma podemos reintegrarnos en nuestra raíz de alma que es a lo que hemos llamado neshamá suprema, la fuente semilla de nuestra encarnación actual, de hecho de todas nuestras

encarnaciones. Con ello finaliza, por así decir, nuestro peregrinaje por los mundos de la forma. Alcanzamos así nuestro verdadero estatus espiritual como Hijos de Dios, seres de luz, inmortales, en esencia una Chispa de la Luz Infinita del Creador.

Pero la grandeza de este camino no es sólo que podamos estar refiriéndonos a un estado de después de la vida, sino que en nuestra propia cotidianidad, en nuestra vida personal, podemos experimentar el gozo espiritual y la libertad de manifestar la luz en la Tierra. En el eterno ahora, en el solape del tiempo que pasa y del tiempo arquetípico que es eternidad, encontramos plenitud y realización en este mundo y en el mundo futuro.

Por supuesto que el proceso es tarea de toda una vida. Igual que nuestro cuerpo nace y crece progresivamente y hasta que no han transcurrido veinte o más años no alcanza su plenitud adulta, lo mismo sucede con el cuerpo de luz, que necesita un periodo de muchos años de práctica para desarrollarse, alcanzar su plenitud, su autonomía y su vida propia.

Lo cual nos lleva a explicar la parte práctica del proceso que podemos sistematizar en los siguientes puntos:

1) Lo primero es la práctica de la meditación; una práctica a realizar durante bastante tiempo y de una forma constante.

Las técnicas específicas que la tradición cabalística propone se pueden clasificar en tres grandes apartados:

- El Shiur Komá, un antiguo tratado que literalmente trata sobre las medidas del cuerpo de Dios. Para ello emplea unas combinaciones de letras altamente crípticas y difíciles de interpretar. Debido a su dificultad y nuestra falta de puntos de referencia no insistimos mucho actualmente sobre ello.
- El Séfer Yetsirá, el libro de la creación (o formación) con las correspondencias entre las letras hebreas y las diversas partes del cuerpo. En el texto están delineadas las técnicas básicas de meditación. Es conocido su uso práctico en la creación del Golem, el homúnculo hecho de arcilla al que se da vida mediante las permutaciones de letras propuestas en el libro. El número del Golem es 73, el valor numérico de la palabra Jojmá, Sabiduría. En nuestro contexto, el Golem es una metáfora del cuerpo de luz.
- El uso de Yejudím o unificaciones mediante Nombres Divinos. Como hemos dicho antes, según el Zohar, Elías alcanzó la inmortalidad con el Nombre de doce letras, en esencia el uso triple del Tetragrámaton. Este tercer método es el más accesible a la generalidad, con múltiples aplicaciones en otros campos, tales como la curación en general.

En esencia, los tres métodos usan la correspondencia de letras y Nombres con las distintas partes del cuerpo físico, utilizando la forma etérica del cuerpo para sobreponer sobre el mismo las combinaciones literales, tal como está escrito en Job: desde mi carne veré a Dios.

2) Es necesario hacer frecuentes prácticas de ascensión (la merkavá) tal como está descrita en, por ejemplo, la literatura de los Hejalot. Esto nos da la certeza, no mental sino experiencial, de la existencia de otros planos del ser, al tiempo que acostumbra a nuestra naturaleza inferior a familiarizarse con los mismos.

3) Es necesario también hacer prácticas de autogeneracioón como la propia neshamá suprema, es decir, empezar al principio a imaginarse, después a operar, desde ese estado de conciencia. Todo ello para aprender a separarnos de nuestra identificación con el vehículo físico y aflojar, incluso deshacer, los nudos mentales que nos tienen sujetos a este nivel de realidad.

4) Hasta aquí hablamos de prácticas específicas, pero como dice el salmista, "si el Eterno no construye la casa en vano trabajan los constructores". Quiere esto decir que es una condición necesaria el tener establecida una conexión fuerte y permanente con la Luz y con la Gracia, manteniendo una conciencia constante de la Presencia Divina que lo llena todo por doquier, e inflamándose en el fuego de la pasión y del amor por Dios. Sin este fuego de amor y devoción no hay transmutación alquímica interna.

Es permanecer en el pensamiento constante de Dios: Ve ahabtá et Adonay Eloheja bejol levaveja, ubjol nafsheja, ubjol meodeja. Amarás al Eterno tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. Y de este modo reintegrarte en la Unidad: Ejad.

Es abrir el corazón a la compasión universal, a la rajamim: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy YHVH", porque eres tú mismo, porque todo es Uno. Hemos hablado antes de las trece midot, las trece medidas de la misericordia. Podemos considerarlas como un yoga de acción, para crear en nosotros la afinidad divina, para asimilarnos al creador.

Es abrirse a la Gracia, abandonarse a la Gracia divina, dejar que llene todos los rincones de nuestra vida.

5) Por último está la vida práctica. Tenemos en la Torá desarrollada toda una metodología de vida eterna, plasmada en las mitsvot, los mandamientos.

Uno de los preceptos es que cada persona debe escribir una Torá, es decir, vivirla, incorporarla, hacernos nosotros mismos una Torá viviente. Es una enseñanza tradicional, aunque no especificada en detalle, que los 613 preceptos – los 248 afirmativos y los 365 negativos, jésed y guevurá – energizan, fortalecen, rectifican y desarrollan los 613 nódulos o puntos de luz de nuestros vehículos internos, uno para cada precepto.

Ciertamente en sentido literal no se pueden cumplir todos los preceptos, que se incluyen ordenanzas relativas a los sacrificios animales, a los sacerdotes, al rey, etc. Pero sí en sentido simbólico, cabalístico, plasmado en la formulación escrita, en las combinaciones de letras, en la Torá arquetípica, de Sabiduría. El mandamiento principal es estudiar la Torá. Es tarea de toda una vida, y posiblemente colectiva, el desentrañar todos los significados y movimientos energéticos de sus preceptos, pero es una tarea personal el asumirla.

Está escrito en Bereshit que Elohim "vió la luz que era buena", en hebreo, Vayaré Elohim et haor ki tov. Esta expresión Et haOr, la sustancia o la esencia de la luz, la luz de la Alef a la Tav, tiene precisamente el valor numérico de 613. Es decir, este número expresa la totalidad de la luz.

Para terminar este ensayo general, merece la pena citar el siguiente párrafo del gran cabalista español del siglo XIII, Abraham Abulafia, porque en él están claramente expuestas las ideas que estamos considerando:

"El hombre que obtiene su comprensión de los principios esenciales de la realidad a través de los libros es llamado un "jajám", un erudito. Si lo obtiene de la cabalá, es decir, de alguien que lo consiguió él mismo de la contemplación de los

nombres divinos o de otro cabalista, entonces es llamado "mevín", entendido o experto. Pero si su comprensión deriva de su propio corazón, de su reflexión sobre lo que sabe sobre la realidad, se llamará "daatán", conocedor o gnóstico. De aquél cuyo entendimiento es tal que combina las tres cosas, la erudición académica, la visión obtenida de un cabalista genuino y la sabiduría de reflexionar profundamente sobre las cosas, no voy a decir que merece ser llamado profeta, especialmente si no ha sido tocado todavía por el intelecto puro o, caso de haber sido tocado (en éxtasis), no sabe todavía por quién. Si, pese a todo, ha sentido el toque divino y percibido su naturaleza, me parece correcto y apropiado, a mí y a cualquier hombre perfecto, que se le llame maestro, porque su Nombre es como el Nombre de su Maestro,..., porque él está tan íntimamente adherido a El que no puede en modo alguno ser separado de El, porque él es El..."[7].

Aquí Abulafia alude a las posibles fuentes de conocimiento, como son: el estudio intelectual o la adquisición de una información, por ejemplo mediante libros; la transmisión oral de una enseñanza viva, lo que es netamente superior en cualidad al llevar el peso de una experiencia; la propia búsqueda interior mediante la reflexión y la meditación personal, la cual añade todavía una dimensión más al asimilar los contenidos a la propia sustancia. Pero lo que produce un salto verdaderamente cuántico es la revelación interior, el ser tocado por el espíritu divino, en palabras de Abulafia, establecer la conexión con la raíz divina de la propia alma. Esta es la meta de la merkavá, del desarrollo del cuerpo de luz, un proceso que culmina en la experiencia superior de devekut, de adhesión a lo Divino o unión mística con Dios.

[7] El conocimiento del Mesías y el significado del Redentor. Citado de Gershom Scholem: "Major trends in Jewish Mysticism". Schocken Books. New York. Traducción española: Editorial Siruela.